

El Regreso

MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ

1.

Nunca imaginé que acabaría regresando a este lugar. Aunque nos dijeron lo contrario, todos intuíamos que no habría vuelta posible. Era un viaje de ida. Tal vez por eso nos subimos a esa nave. Porque creíamos que jamás íbamos a volver.

Supongo que todos los que nos fuimos necesitábamos de algún modo salir de aquí. Lo supiéramos o no. Siempre ha sido así, desde el principio de los tiempos. Los descubridores, los navegantes, los colonos..., quien busca otro lugar lo hace porque nada lo ata a su hogar. Porque lo ha perdido. O porque nunca lo ha tenido. Nadie se marcha si no quiere escapar.

Y creo que todos queríamos huir de la Tierra. Yo al menos lo necesitaba. Es lo único que he querido en toda mi vida. Desaparecer. Salir. Alejarme. De casa, de la familia, de las relaciones. De todos. Como si una fuerza invisible me empujase constantemente hacia delante.

Durante mucho tiempo fue sólo una sensación. Correr sin rumbo hacia cualquier lugar. Pero hubo un momento en que la huida se concretó. Y apareció el lugar. El deseo. Tal vez por azar. O porque en realidad había algo allí. O simplemente porque uno necesita encontrar un espacio hacia el que poder huir. Centrar esa pulsión extraña, señalarla. Para rodearla. Para situarla en una zona y evitar que se extienda por todos los rincones de la mente.

Nombrar el lugar para poder escapar.

A mí me ocurrió en el verano de 2036. Acababa de cumplir diecisiete años y viajábamos a España por primera vez con el instituto. Visitamos Madrid, Bilbao, Barcelona, Valencia y Sevilla. Y el último fin de semana lo pasamos en el parque temático *Gossan: Misión a Marte*.

Para muchos, era la culminación perfecta del viaje. Habían leído sobre el parque y llevaban meses preparando la visita. Yo, lo confieso, no tenía ningún interés especial en lo que nos íbamos a encontrar allí. Tal vez por eso el asombro fue mayor.

Por supuesto, había seguido como cualquiera las noticias de la misión a Marte. Quién no. Todos habíamos visto una y otra vez las imágenes de la tripulación de la *Mars Future* pisar la superficie marciana. Y habíamos escuchado hasta la saciedad las palabras de Alfredo Hidalgo al poner los pies sobre el planeta rojo: «El futuro es ahora. Aún es siempre todavía.»

Algo similar sucedió cuando Amstrong pisó por primera vez la Luna. Eso al menos nos contaron. Las familias se reunieron en torno a la televisión o la radio y medio mundo se paralizó.

El aterrizaje en Marte también paralizó el mundo. Aunque ya no lo vivimos en familia. Cada uno lo vio en su pantalla. A través de los ojos del comandante Hidalgo.

La cámara de su traje, como la del resto de la tripulación, retransmitió en directo –con un ligero desfase debido a la distancia– los siete meses de viaje. El aterrizaje. El año y medio de vida en la estación. E incluso el despegue frustrado y el accidente en el que fallecieron los siete astronautas.

Esas imágenes eran las únicas que no se mostraban en las gigantes pantallas del *Gossan Park*. El resto, también el *streaming* de la misión que operaba en ese momento, presidían el gran hall de entrada a las instalaciones. Igual que las maquetas de las colonias y los planos de las de las máquinas que pretendían iniciar el proceso de terraformación de Marte.

Después de una larga charla sobre el futuro de la humanidad como especie interplanetaria y la necesidad de explorar otros mundos para asegurar la supervivencia, por fin nos encaminamos hacia el interior del parque. Nos colocaron un traje que simulaba el que usaron los primeros tripulantes de la *Mars Future* y nos condujeron en un *rover* hasta la orilla del embalse Gossan.

Creo que fue al pisar aquel terreno yermo cuando todo comenzó a cambiar. El lugar era real, porque lo estaba pisando y podía tocarlo, pero había algo allí que lo situaba en el terreno de lo onírico. Un paisaje mágico, soñado. La luz rojiza del atardecer, los reflejos, las sombras, la tierra arcillosa, los árboles inertes que surgían de la roca... Por un momento creí que estaba lejos de la Tierra. Y no pude evitar imaginarme en la superficie de Marte, experimentando aquella desubicación paradójica que no se parecía a nada de lo que había sentido antes.

Cerré los ojos y visualicé ese instante. Al abrirlos, tal vez por el reflejo del sol en el cristal del casco, la luminosidad de los árboles de piedra me atravesó la retina y tuve que volver a cerrarlos para no cegarme. Fue entonces cuando apareció la imagen. En mi mente. La imagen que ha permanecido ahí durante años y años. Como sinónimo del día en que, por primera vez, supe hacia donde quería huir.

2.

Veinte años después de aquella visita, me colocaba un traje VexP37 de la NASA, me ajustaba el cinturón de seguridad de uno de los sillones de la *Mars Life 7* y, tras cinco meses de viaje –los tiempos se habían ido reduciendo paulatinamente–, llegaba por fin a Marte como miembro del equipo de perforadores que se iba a encargar de continuar la labor de extracción de agua del permafrost marciano.

Algunos nos llamaban astronautas, pero en realidad no éramos otra cosa que mineros. Mineros espaciales. Mineros, como los de mi división, que supervisaban la maquinaria encargada de extraer agua de las profundidades del planeta. Y mineros como los de otras divisiones menos públicas que continuaban buscando metales y materiales preciosos que pudieran utilizarse y comercializarse en la Tierra.

Trabajar como mineros y vivir bajo tierra. Esa fue la oferta de trabajo. Seis años en Marte –lo máximo que hasta el momento podía aguantar allí el cuerpo humano– y un sueldo de por vida a la vuelta. Si ocurría algún accidente o la radiación y la atmósfera marciana nos producían alguna enfermedad, el gobierno norteamericano no se hacía responsable.

Las primeras bases que *Space X* planificó en superficie habían mostrado su fragilidad ante la radiación y apenas habían resistido dos años. Prácticamente la totalidad del plan de Elon Musk se había desmoronado tras las primeras expediciones al planeta. Igual que el célebre proyecto de colonia de Robert Zubrin, la *Mars Society* –destruida por una tormenta de polvo antes de inaugurarse–, o incluso las pequeñas incursiones de *Galaxy Entertainment* –invernaderos que nunca llegaron a producir nada comestible–.

La colonización de Marte era aún más difícil de lo que todos los profetas de la carrera marciana habían pronosticado. Y tras varios años de fracasos continuos de la iniciativa privada, sólo la colaboración entre la NASA y la Administración Espacial Nacional China hizo posible que las misiones continuaran. Aunque todo lo que se construyese allí tuviera que estar bajo la superficie. Al menos hasta que la atmósfera de Marte fuese habitable. O no tan hostil y peligrosa para los cuerpos.

Por eso la prioridad de las misiones se transformó. Se mantuvieron, por supuesto, los viajes turísticos –eran parte fundamental de la financiación–, pero todo el esfuerzo se centró en el proceso de terraformación. Derretir el hielo de los casquetes polares para producir vapor de agua e inyectar metano en la atmósfera calentaría el planeta y cambiaría sus condiciones de habitabilidad. Aunque eso ya no lo veríamos nosotros. El trabajo en Marte estaba destinado a un tiempo por venir. Un futuro de décadas, tal vez incluso siglos, en el que Marte volvería a ser un planeta parecido a la Tierra, lo que algún día debió de ser en sus orígenes.

Mientras tanto, viviríamos bajo la tierra, saliendo a la superficie no más de cinco horas a la semana.

Los refugios en los cráteres de los grandes volcanes fueron los únicos lugares en los que se creó algo parecido a una colonia. Cuando nuestra tripulación llegó, la población de las bases rondaba las setenta personas. Un pequeño pueblo soterrado en el que, aparte de supervisar la maquinaria para que todo aquello continuase funcionando, no había demasiado que hacer. Estar ahí, afirmar que habíamos llegado a Marte y, por supuesto, retransmitir todas y cada una de nuestras acciones a la Tierra.

A veces sentía que no éramos otra cosa que un Gran Hermano espacial. Estábamos allí para fundar un futuro, es cierto, pero también para entretener a cientos de miles de personas que hacía mucho tiempo que habían perdido la esperanza.

Convertimos Marte en un gran plató de televisión. Y a pesar de eso, estábamos tan lejos que parecíamos estar solos. Cada uno de nosotros. Lo advertí nada más llegar. Una capa de soledad nos aislaba de los demás. Por mucho que fingiéramos estar juntos en la base, hablar, relacionarnos, jugar, besarnos, construir una sociedad. Esa capa invisible de aislamiento nos mantenía separados. Del resto y casi de nosotros mismos.

Había leído y visto varias entrevistas a viajeros a Marte. Todos hablaban de la confrontación con la atmósfera de Marte, con la gravedad del planeta. La desubicación, decían. La impresión de haber llegado a un lugar que rompía cualquier expectativa y estaba más allá de nada que nos hubiésemos permitido imaginar. Allí éramos extranjeros. No como ciudadanos. Sino como especie. Y sin embargo algo en Marte nos acogía, nos llamaba hacia sí.

Eso fue lo que comencé a experimentar el día en que llegamos. Y la sensación que poco a poco comenzó a crecer en mi interior conforme pasaban los días. Del planeta, tan hostil para el cuerpo, emanaba una especie de fuerza maternal que hacía no desearas nunca más moverte de allí.

Lo percibía en el habitáculo de veinte metros que algunos llamaban casa. Y lo apreciaba sobre todo cuando salía a la superficie para comprobar el perforado del permafrost. En aquel lugar, sin apenas nada en el horizonte, el tiempo comenzó a frenarse. Y el escapista que anidaba dentro de mí desistió de su escape. Allí no había adonde escapar. Estaba allí. Y nada más. Era un cuerpo, pero poco a poco fui convirtiéndome en un mineral, en una piedra que siente. Es extraño de explicar. Y más aún de comprender para quien no haya pisado Marte. El cuerpo se desvanecía al mismo tiempo que se acompañaba con el tiempo del territorio. Un tiempo que no era humano, sino cósmico. Ese planeta, que según todos había muerto hacía miles de años, tenía pulso. Y los cuerpos que lo habitaban, si prestaban atención, podían percibirlo y, con el tiempo, sincronizarse.

Allí, en medio de ninguna parte, yo sentí ser sólo un latido. Un latido y también una imagen. Pero no una imagen como las que enviábamos a la tierra. De nuevo es difícil de explicar. No es que me viera desde fuera como si tuviera una cámara sobre mí. Sino que sentía que formaba parte de un paisaje, que era el material de una imagen que no estaba hecha para el ojo del hombre. Como si fuera el grano de una fotografía. Un grano minúsculo que se adhería a un papel infinito y que, inmediatamente, comenzaba a formar de esa superficie.

Un tiempo y una imagen que me trascendía, que no podía imaginar ni contabilizar, y que, sin embargo, podía percibir. En el interior. En la mente y también en el cuerpo. Corriendo por mis venas, en cada parpadeo, en cada respiración, en cada pensamiento.

Me fui haciendo adicto a aquella sensación. Y cada día salía a la superficie, alargando los tiempos de exposición al máximo. Cuanto más tiempo permanecía allí, más quería estar. Era como una especie de droga cuyo efecto duraba todo el día. Porque esa sensación de no ser nada –o de serlo todo, sin saber qué era ese todo– permanecía conmigo.

3.

En cuatro años Marte me había poseído. Me ocurrió a mí. Y sucedió también con los demás. Con casi todos. Aunque nadie jamás dijo nada. Quizá porque no necesitaban hacerlo. Porque, como yo, ya eran piedras, latido, imagen. Lo sabíamos con mirarnos a los ojos, con observar los gestos, el modo pausado de andar, de estar lejos y al mismo tiempo estar cerca. El planeta nos integraba cada vez más, nos hacía alejaba de nosotros mismos para acercarnos a un nosotros diferente, tal vez más auténtico. Desde luego, mucho más pleno.

Por eso cuando llegó la noticia de la cancelación anticipada de la misión fue un mazazo para todos.

Es cierto que algunos habían notado la dejadez de las instalaciones en los últimos meses, el interés cada vez menor en el proyecto, las escasas visitas de las naves comerciales y las discrepancias continuas entre la NASA y la CNSA. Pero nadie podía imaginarse una suspensión inmediata de las actividades.

La tensión entre el gobierno chino y el norteamericano había crecido en el último año y Marte había dejado de ser una prioridad. El rearme nuclear y la preparación para una posible guerra entre bloques era más urgente –y rentable– que el futuro a largo plazo de un planeta que ahora mismo era prescindible.

Todos los «habitantes» de Marte debían volver a la Tierra. Ya no era posible seguir manteniendo el transporte de víveres y materiales indispensables para la vida en la colonia.

No se abandonaba el proyecto, decía el comunicado –el que recibimos y el que se hizo público–; se posponía para más adelante. Además, se había iniciado un proceso que estaba más allá de nuestras propias manos. La naturaleza terminaría aquello que nosotros habíamos empezado. Y tarde o temprano volveríamos allí y construiríamos por fin ese futuro para el que habíamos sentado las bases.

Podían habernos abandonado a nuestra suerte, pero querían las naves de vuelta. Y sobre todo el cargamento de minerales marcianos, los que podrían vender, como el iris verde, y los que, como todos los derivados del MM45, podrían utilizar en la producción de armas químicas.

El 15 de marzo de 2060 fue la fecha acordada para comenzar el regreso. Primero, los tres cohetes de la CNSA y el transbordador comercial de *Galaxy Entertainment*, con la tripulación china. Y después las cinco naves *Mars Life* de la NASA, con el contingente norteamericano y el resto de las tripulaciones internacionales.

Yo regresaría en la *Mars Life 7*, la misma en la que había salido de la Tierra. Seríamos los últimos en despegar. La comandante Chaudhri sería la última persona en pisar Marte. El último ser humano en dejar una huella en aquel desierto rojo.

4.

La tarde antes del despegue salí a la superficie por última vez. Caminé durante más de dos horas y conseguí subir hasta una de las colinas desde la que se divisaba el monte Olimpo. Necesitaba despedirme. Estar solo allí. Sentir el pulso de Marte. Era el último momento y no quería que nadie me lo arrebatara.

Cuando cerré la comunicación con la base y desconecté la cámara del traje, sentí que estaba verdaderamente lejos de todo. El planeta me llamaba hacia sí con una fuerza inusitada. Como un último grito que retumbaba en mi interior.

Y fue entonces cuando lo hice. No lo pensé demasiado. Fue casi un acto reflejo. Desbloqueé el código de seguridad del casco y levanté la visera transparente. Supongo que quería respirar directamente la atmósfera. Percibir el viento en mi piel. Mirar sin filtro alguno la luz brillante que me rodeaba. Tal vez quedarme allí para siempre.

Ni siquiera sentí dolor. La luz se apagó de repente y el destello rojizo rápidamente viró a la oscuridad más absoluta. Cuando volví a abrir los ojos estaba en la enfermería de la *Mars Life 7*, de regreso hacia la Tierra. Apenas podía moverme y tenía el cuerpo inundado de quemaduras.

Había saltado la alarma de seguridad y el traje me había mantenido con vida. La visera de emergencia había cumplido su cometido y había estado expuesto directamente a la atmósfera marciana tan solo unos pocos segundos. Me recuperaría antes de llegar a casa.

Nadie me reprochó nada. Supongo que todos, de un modo u otro, comprendían lo que había intentado hacer. Ellos también lo sentían. Algo nuestro se había quedado en Marte. Para siempre.

Yo lo experimentaba como un dolor hondo e intenso que se acrecentaba conforme nos alejábamos en el espacio. Supuse que sería el aire que había respirado. Como si algo estuviese mal en mi interior. Pero los vómitos y los sudores no eran nada en comparación con el malestar íntimo. El dolor y el desgarramiento del alma. Por primera vez en mi vida. Me habían arrancado de un lugar. Y estaba vacío. Sin tiempo. Sin latido. Sin sentido.

5.

Al llegar a la Tierra nos llenaron de cables y nos tuvieron varios días en observación. Yo estuve ingresado algunas semanas más que el resto. Había estado expuesto a algo radicalmente nuevo y había sobrevivido. El equipo médico podía estudiar por primera vez el efecto de la atmósfera marciana sobre un organismo humano.

No encontraron, sin embargo, nada excepcional. Nada fuera de la normal pérdida de masa muscular y de visión que sufre el cuerpo fuera de la gravedad terrestre. Y, claro, los nocivos efectos de la radiación de Marte. Tarde o temprano acabaría desarrollando algún tipo de cáncer. Lo sabía incluso antes de subirme en la nave. Era uno de los riesgos asumidos.

Durante varias semanas apenas pude caminar. Era como si de repente hubiera caído sobre mí todo el peso del mundo. Pero eso era habitual. Como también lo eran la desorientación y la desubicación. Jamás se iría del todo, decían los psicólogos. Pero aminoraría con el paso de los días.

Sin embargo, transcurrieron los días, las semanas y los meses y aquella sensación no sólo no se marchó, sino que fue en aumento. La sentía crecer en mi interior. Como algo físico que me iba poseyendo poco a poco.

A veces pensaba que había algo material en mi interior. Un alienígena que había venido conmigo. Había visto demasiadas películas para no pensar que siempre hay algo que acaba naciendo. Un virus que te transforma, una criatura que emerge de dentro.

Supongo que esa era también la función los análisis. Buscar la presencia de algún microorganismo marciano. Pero nadie encontró nada en mí. Ni tampoco en ninguno de los que vinieron conmigo. No existía vida extraterrestre. Y, sin embargo, yo la sentía crecer dentro. Era una sensación de vacío, de desgarramiento. Era como si algo de mí se hubiera quedado allí. O como si algo de allí me hubiera acompañado hasta la Tierra. Y entre ese desgarramiento, un abismo. Pero tan concreto que a veces podía imaginar los bordes del precipicio.

6.

Luego estaba también el extrañamiento ante el mundo que nos habíamos encontrado. Habían pasado casi seis años desde que nos marchamos, pero la tierra parecía otro planeta. Ya no éramos héroes. Se habían olvidado de nosotros. Y de Marte. Como también en algún momento todos se olvidaron de la Luna después de pisarla. Había otras preocupaciones. La crisis, la inestabilidad internacional, la amenaza cada vez más real de una guerra inminente...

Y mientras el mundo se desmoronaba, yo me rompía cada día más. No podía retomar mi vida. Nada me satisfacía. Me despertaba en medio de la noche intentando evocar los días en Marte. Volvía a tener la necesidad constante de huir, de salir corriendo. Pero ahora todo era más complejo. Necesitaba escapar en dos direcciones. Hacia delante y hacia atrás. Hacia un lugar indeterminado y sin nombre, pero sobre todo hacia ese territorio de mi pasado, hacia el momento en el que todo, por fin, se había frenado.

A veces soñaba que de nuevo todo mi ser se entrelazaba y se convertía en piedra. En el sueño experimentaba el tiempo cósmico y volvía a escuchar el latido de Marte. Después, me despertaba y tenía que lidiar con el vacío interior, que aumentaba día tras día.

Probé todo tipo de drogas –incluso algunos ácidos producidos con minerales marcianos–, pero ninguna me llevó siquiera a los umbrales de aquella sensación de plenitud. Nada en este mundo era capaz de producirla. Nada era capaz de generar un mínimo punto de apoyo para soportar el paso del tiempo.

Los días y las noches se volvían infinitos. Y lo único que yo podía hacer era esperar a que la guerra se desencadenase de una vez por todas y todo llegara a su fin. Y tal vez buscar un lugar para acabar mis días y contemplar desde allí el apocalipsis nuclear.

No tuve que pensar demasiado para encontrarlo. Lo extraño es que la idea no hubiera venido antes a mi mente. Pero en una de esas largas noches insomnes lo vi con total claridad.

7.

El coche autopilotado me dejó en las cercanías del parque.

Hacía tiempo que había cerrado. Lo hizo incluso antes de que nuestra nave partiera hacia Marte. El turismo había dejado de sentirse atraído por la simulación del territorio marciano y *Galaxy Entertainment* había concentrado todos sus esfuerzos en promocionar los viajes al planeta real. Las instalaciones se mantuvieron activas durante algunos años –sobre todo porque habían sido el emblema de la empresa–, pero poco a poco fueron siendo abandonadas y en 2045 ya era prácticamente un territorio fantasma. Recuerdo haber leído la noticia con cierta tristeza.

Caminé varios minutos y tuve que sortear varios socavones antes de llegar a la entrada. Los pasillos de acceso se habían derrumbado y el majestuoso hall de bienvenida parecía ahora una catedral en ruinas. Las pantallas gigantes se habían agrietado y muchas habían caído al suelo. Más que un abandono, parecía que el parque hubiera sufrido un bombardeo. O quizá fuera la erosión. Pura entropía. Todo formaba ya parte del mismo paisaje. La construcción a escala de las primeras cápsulas marcianas, las atracciones turísticas, los *rover* averiados y prácticamente fosilizados. No habían pasado tantos años, pero el óxido y la tierra lo habían igualado todo. Los límites entre lo natural y lo artificial se habían diluido.

Conforme me adentraba en el parque, algo se recomponía en mi interior. Algo pequeño, mínimo, pero perceptible. Lo comprobé cuando me situé ante los árboles de piedra. El embalse seguía desecado y el territorio se había hecho aún más árido que la primera vez que lo visité. Pero árboles

inertes continuaban ahí, inmutables, como si el paso del tiempo los hubiera hecho aún más eternos, como si se hubieran fusionado para siempre con la piedra y ya nunca más pudieran ser arrancados de ahí.

Pensé que algo de eso había ocurrido conmigo en Marte. También yo había comenzado allí a convertirme en piedra y me había entrelazado con algo que me sobrepasaba. Me había incrustado en el territorio y había experimentado en mi cuerpo la intemporalidad. Sin embargo, a mí sí que me habían arrancado del suelo. Y una parte de mí se había quedado adherida a la piedra.

Estaba dividido de por vida. Eso ya no podía remediarlo. Pero, por alguna extraña razón, percibir la cercanía de los árboles me reconfortó. Gossan no era Marte, es cierto, pero parecía un buen lugar para quedarse.

Me senté sobre una de las rocas, apoyé mi espalda a la base áspera de uno de los árboles y permanecí unos minutos contemplando el paisaje. Fue entonces cuando los divisé, a lo lejos, caminando lentamente hacia donde yo me encontraba.

Reconocí algunos rostros.

—¿Por qué has tardado tanto? –me preguntó la comandante Chaudhri.

Y me invitó a que los acompañase hasta las cuevas. Habían aprovechado unas antiguas minas para crear allí un hábitat semejante al que tuvieron en Marte, cerca de la piedra, prácticamente aislados del mundo, evocando un pasado que ya no volverá.

Desde aquel día, vivo con ellos en las cuevas.

Muchas tardes, salimos a la superficie y contemplamos la puesta de sol. Nos sentamos junto a los árboles y miramos hacia el cielo. Algunos creen que algún día volveremos. Yo, en cambio, intuyo que el fin está cerca y que antes o después la guerra acabará con nosotros.

Cuando me asalta este pensamiento, no puedo evitar acordarme de lo que iniciamos en Marte.

Si las bombas acaban cayendo, solo quedará de nosotros el futuro que fundamos allí. El tiempo por venir en el que Marte vuelva a ser un planeta habitable.

Proyectamos un mañana. Y es posible que algún día acabe llegando. Pero tal vez no haya nadie para vivirlo.

Área de Cultura

Diputación Provincial de Huelva

Presidente

Ignacio Caraballo Romero

Director del Área de Cultura

Félix Sancha Soria

Jefa del Servicio de Cultura

Concha Rodríguez Jiménez

Coordinación

Marcos Gualda

Fotografías

Joan Fontcuberta

Archivo HiRISE (High Resolution Imaging Science Experiment)

The University of Arizona

Concepto

Sema D'Acosta

Diseño y maquetación

Happening Estudio

Preimpresión

Sara González

Relato

Miguel Ángel Hernández

Impresión

Egondi Artes Gráficas

Depósito Legal H225-219

Primera edición, octubre 2019

400 ejemplares



